



Imagen tomada de: [forense.hpchile.cl/index.php/articulos/16-otras-categorias/328](http://forense.hpchile.cl/index.php/articulos/16-otras-categorias/328)

Recibido: 15-11-2017  
Aceptado: 30-11-2017

Dr. Otto Rosales Cárdenas  
Universidad de Los Andes  
Núcleo Universitario del Táchira- Venezuela  
Grupo de Investigación Comunicación, Cultura y Sociedad  
Grupo de Investigación Bordes  
[ottorosca@gmail.com](mailto:ottorosca@gmail.com)

## Katty y el cazador

“¡Mentiras!” Dijo Katty sobre las frases cortas del suceso que nos contaba la página amarilla del Diario Local. Katty la leía en voz alta, para asombro de los presentes. Dos disparos a quema ropa recibió el cuerpo del joven asesinado en el enfrentamiento con el cuerpo policial. Entre los policías y el cuerpo de mi sobrino dirían mejor esos sucios reporteros. Y siguió detallando la balacera entre uno y otro bando la noche de ese miércoles cuando el adolescente fue sorprendido en su casa y en la cama sin un arma para defenderse. Dijo Katty segura, confiada, moviendo la cabeza de un lado al otro, desmintiendo todo lo escrito en la crónica.

Dio detalles del sobrino, asegurando que no estudiaba, que se lo pasaba en la calle bebiendo cerveza y cuanto porquería le daban porque no le gustaba ir a ese feo cuarto fastidioso lleno de calor llamado liceo. Dio detalles. De mediana estatura, piel morena, había llegado en la migración de Vargas, cuando el gobierno ofreció trabajo en esta ciudad tan ociosa y donde nada había que hacer como Michelena. Dio detalles. Siempre andaba con otros, a lo mejor malos. Katty hizo una pausa y miró con los ojos húmedos como una virgen vencida por el llanto. Dio detalles.

---

1 Ponencia presentada en el **VIII Seminario Bordes: Espejismos de la Abundancia**, celebrado los días 30 de noviembre, 01 y 02 de diciembre del 2017, en la ciudad de San Cristóbal, Táchira- Venezuela.

Apenas 19 años y ya estaba jodiendo calle arriba y calle abajo sin hacer mayor cosa salvo bucear colegialas, con sus cuerpos apretados por el sol. Dio detalles de su casa recién asignada en una misión y se lamió los labios, segura de sus vínculos que tiene con los intermediarios en las dádivas del poder.

¿Cuántas crónicas releemos a diario sobre los asesinatos de jóvenes sin que nos detengamos a mirar con cuidado de donde viene la violencia y destacar los abusos de poder, sin darnos cuenta de que no son una creación o fantasía de los jóvenes que la reciben? Entonces es inevitable que el sujeto joven sea vulnerable a un poder que no ha creado, nos recuerda Butler desde hace tiempo. Y si nos hemos de oponer a estos abusos, antes debemos determinar en qué consiste nuestra vulnerabilidad ante ellos.

En una sociedad donde ser joven es una amenaza para la institucionalidad, delega a diestra y siniestra, la muerte. Quien vive y a quien liquida. En una carrera, una velocidad contra la vida y privilegia la mala vida, los atracos, las colas en una colectividad signada, mejor, resignada a perecer por una bala precisa contra los cuerpos expuestos.

Es el mito narrado de una muerte cualquiera de los días lluviosos, recogidos en la página roja que nos dicen y se dicen a medias verdades un bando contra otro. Tal vez un bando que contrabandea contra el otro. Si detallamos el relato del joven asesinado, sin armas, casi desnudo a mano de un policía encapuchado, otro detalle mencionado por Katty, como si ella lo estuviera viendo por una ventana invisible, como si en su memoria repasara una página donde Bolaño nos dice, voz en off, lo que siempre les reclaman a los jóvenes, quienes son víctimas de la realidad, sobre todo si tienen amigos o amigas magnéticos (gente que inocentemente atraen desgracias o verdugos).

Los jóvenes atraen sus verdugos, pero no olvidemos que vivimos en tiempo del horror cotidiano. Todo parece conspirar para vivir en una paz que no llega tan fácil. Se invierte en aviones de guerra, rápidos, silenciosos para no causar asombro sino la mayor devastación posible (Katty lo recordaba jugando a la guerra con una pasión casi obsesiva en las máquinas virtuales, en la esquina del pueblo). Se gasta en ese lujo molesto que es la publicidad adorno, como una feliz inversión en el mercado grosero del consumo. Se invierte en ansiolíticos para que no paren las fabricas masivas y el cuerpo no descansa en su acostumbrado sobresalto ante la vida.

Katty calló. Sus palabras fueron más dudosas, menos precisas y seguras. El chamo era maloso, pero no tanto, no llegaba a nivel de rata de alcantarilla. Era tan bueno con su mamá, que le compró un boleto de ida y vuelta para viajar con su nuevo novio boleterero, ese viejo verde que le soba la nuca ahora. Del papá no habló, dijo simplemente que no se le ha visto la cara por ahí. Y calló. Miró de reojo una vez más como la inflación se comía los precios de las frutas como si fueran una mentira en el jardín de los cerezos en este *Paraíso Petrolero*.

Miró su cuerpo diminuto y recién vestido, el logo del establecimiento bordado a un costado de su camisa azul: la divina esperanza. Y lo señaló como para diferenciarse del resto de los abastos del barrio. Del barrio no, mejor sería llamarlo más discretamente *Súper Abasto La Esperanza*, para distinguirlo del lodazal donde vivía.

La muerte, ese sentimiento de finitud, está mal nombrada entre nosotros. La muerte no solo es la ausencia, el viaje hacia lo desconocido. Es ese sentimiento de ausencia cuando la oímos de los labios de Serrat, matizada con el toque de una puerta sin esperar a que llegue de forma natural. Ya no es el viaje entre muertos y amigos, o entre catafalcos lujosos. Es el viaje del cuerpo que se niega a marcharse entre ruidos, bebidas o rezos. Es un viaje silencioso entre nuestra interioridad y los secretos de nuestro trayecto de vida.

Desde el hombre de *Neanderthal* hasta el *Homo demens* nos dice Morin que sepultamos, o mejor, guardamos de la vista del Otro nuestra osamenta que sabemos se corrompe con el tiempo. Si ese *Homo demens* recapacitara en su locura de grandeza, volveríamos a ser para la muerte un baile, una fiesta, una silenciosa despedida. Recuperaríamos nuestro paso errante, nómada, que la modernidad se ha encargado de insistir que es amoral. Nos jugamos el pellejo contra la Ética, buscando más la mueca de la crueldad que el andar feliz. “Es una escalera hacia abajo como se construye nuestro paso efímero pero esplendente por la vida”. Como alguna vez me susurro el poeta Freddy Pereyra.

Es esa pregunta que nos hace nuestro poeta Rojas Guardia cuando al inicio de ese título desgarrador *Dios a la intemperie* interroga *Cómo te llamas*, horizonte presentido, oscuridad ansiada, ápice del fin, paisaje último donde el gozo no puede saber sino a agonía, olor álgido de un Páramo donde la nada hace vomitar y el ser marea, rayo de muerte que sin embargo incendia toda vida...

Un Rayo de muerte se nos cuela cada día en esta sociedad que acuartela traiciones, llámense como más nos guste, escuela, iglesia o familia entra en pánico ante el Otro. Todos desconfiamos del Otro. Lo miramos con ojos de recelo, distancia, odio. Nos cuesta oírnos el uno en el otro. Y por eso gritamos, maldecimos, injuriamos. El otro es un obstáculo para vivir a plenitud mi ególatra manera de gozar el instante, como un personaje más del circo diario. Ponemos en boca del otro lo que somos incapaces de ser, lo embobamos con nuestros trajes deslumbrantes, con carros lustrosos, con nuestros cuerpos vestidos con harapos.

Nuestro cuerpo no es tan sumiso como lo esperaban. Dice Perniola, aquellos contra placeres que se manifiestan como resistencias a nuestro dominio son precisamente las dependencias (respecto al alcohol, la droga, el humo, el sexo, los calmantes, la comida, la gimnasia...).

Ese es un primer cuerpo, es en realidad el alma sensible, un modo para exorcizar la materialidad del cuerpo, ser una cosa que siente... Dioses de un exilio que se niegan en la adaptación a un mundo mal llamado burgués. Rechazando el presente y construyendo esta ambivalencia inestable entre pasado y el porvenir, la amarga nostalgia y el entusiasmo revolucionario.

Katty se quedó pensando... Recuperando en su memoria bañada de recuerdos un pasaje ínfimo del cuento de Kafka *El cazador Grachus*, aquella barca mortuoria que erró el viaje, dio un falso viraje al timón, cambió la vida de los ausentes y presentes en la casa tomada por la sombra de los verdugos. Una barca que surca las aguas terrenales donde Katty miraba fijo el cadáver expuesto del joven cazador, ahora cazado. Ese que acechaba, disparaba y acertaba en el blanco o esquivaba un tiro que sesgaba vidas inocentes o jugaba en el dardo en la plaza del pueblo. Así continuó la barca por estos desiertos, por estos vientos que soplan en las regiones más profundos de la vida y de la muerte.

De estos temas, reales o ficticios, hablaremos, disfrutaremos como nómadas, del arte de vivir. O mejor, de sobrevivir en sobresaltos. Nos deslizaremos serpenteando la espiritualidad en los rincones del encuentro y de los desencuentros, en el simple caminar junto a Katty y su cazador vencido, hasta el más humilde de sus anfitriones que soy yo.

Otto Rosales Cárdenas  
San Cristóbal. Estado Táchira. 2017